

## Las vidas de Jana

Amaia Zamora

¡Hola! Soy una gatita regordeta y manchada que vive en un pueblo apacible. Al parecer, me llamo Jana, o al menos así me llama todo el mundo. Últimamente, me he sentido un poco confundida sobre quién soy y qué hago aquí.

Un día cálido, empecé a deambular sin rumbo y me encontré una piedrita pequeña pero muy brillante. No pude resistir la tentación de desenterrarla y me di cuenta de que era un amuleto pegado a un collar súper delgadito. Al ver que no era de ningún otro animalito, decidí ponérmelo y de pronto... Empecé a recordar mis vidas pasadas. No les voy a mentir... Me sentí más que apenada después de recordar como le arruiné el cumpleaños al pobre Santi, al aterrizar sobre su queque, en mi intento de atrapar una mosca tornasol, que volaba por su fiesta... O a Jimmy, al perrito que perseguí hasta que se estrelló con un jardín lleno de cactus. Después de ver recuerdo tras recuerdo y de contar cada vida con mis propias garritas, entendí que estaba viviendo mi séptima y última vida. Arrepentida y sorprendida, me sacudí y decidí que aún estaba a tiempo de cambiar mi actitud y ser una mejor gatita.

De camino a casa, no pude evitar detenerme al escuchar unos sonidos extraños. Pensé que era mi hambrienta pancita, pero rápidamente me di cuenta de que eran unos intensos maullidos, de un gatito indefenso que había caído al fondo de un pozo. -Esta es mi oportunidad -pensé. Sintiéndome más heroína que nunca, me lancé a salvarlo. Al caer al fondo me di cuenta de que, aunque mis intenciones eran buenas, no tenía un plan. Desesperadamente, me uní a los gritos de auxilio del gatito bebé, hasta que nos agotamos y empezamos a conversar. Me dijo que su nombre era Joli y que lo habían tirado ahí para separarlo de su familia, pues el señor de la casa no quería más gatitos.



-No te preocupes, Joli, sos un gatito pequeño con muchas vidas por delante. Joli me dijo que yo no podía saber eso y seguía llorando cada vez más desesperado. Para tratar de calmarlo, le dije que yo era una gatita vieja, que había vivido muchas vidas y que si moríamos le iba a dar mi collar para que viera la vida o las vidas de otro modo. Justo cuando me lo estaba quitando para dárselo, empecé a escuchar alarmas y a ver luces rojas. ¡Eran los bomberos y nos venían a rescatar!

Apenas llegaron, bajaron al pozo y nos agarraron cuidadosamente para sacarnos de ahí. Amaia, mi humana, me esperaba para llevarme a casa, donde me aguardaba una cobijita caliente. Al ver que mi nuevo amiguito no tenía con quién irse, decidió acogerlo.

Ya en casa y bien comiditos, Amaia nos dijo que nos acostáramos pronto, ya que mañana empezaríamos a buscar un hogar que adoptara a Joli. Antes de dormirnos recordé algo: no le di mi collar a Joli, y aunque tal vez ya no fuéramos a morir, o al menos no de forma inmediata, quería dejarle un regalo. Al tocarme con mi patita mi gordo cuellito, no sentí nada. Derrotada, le dije a Joli que había perdido el collar que le quería dejar como legado de nuestro extraño pero lindo encuentro. Conmovido, Joli me dijo que no necesitaba mi collar y que no importaba si quedaban o no vidas por delante, que lo importante era el recuerdo que le había dejado en su corazón. Esa noche, dormimos tan abrazados que Amaia a la mañana siguiente dijo: -Son ustedes los gatitos más tiernos del mundo. Joli se queda con nosotros.

Joli se ilusionó tanto que corría de un lado a otro, mientras Amaia y yo nos mirábamos llenas de amor. En ese momento, me di cuenta de que no se trata de la cantidad de vidas que vivimos, sino de vivir cada una como la primera y aprovecharla como si fuera la última.

**Enlace a la votación: <https://forms.gle/W93sBvvNojbYAmkb7>**